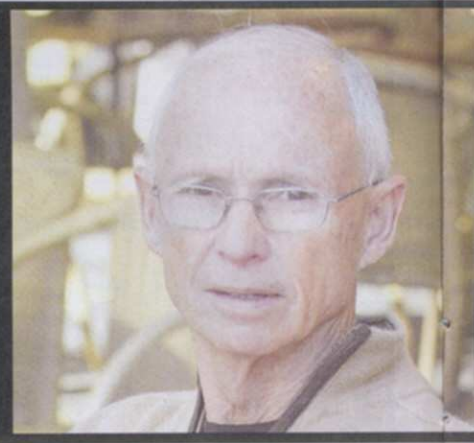


“Tenemos que tener una discreción exquisita para ser útiles. Además, esta discreción nos sale del alma”



L.C.- Imagínese. Si pueden ir al banco a cambiar la titularidad de un recibo o lo que se les ocurra.

F.M.- No es habitual. Pero procuramos que la confianza no exceda los límites de una relación cortés. Es lógico que un enfermo se encariñe con cualquiera de nosotros. Y debemos evitarlo, aunque sólo sea para no herir la susceptibilidad de los familiares. Tampoco aceptamos regalos. ¿Comprende...?

L.C.- Lo comprendo. Sin embargo, es difícil saber dónde se halla el límite de la confianza.

F.M.- Lo es. Pero si este límite se ha de sobrepasar, que sea por iniciativa nuestra. Le pondré un ejemplo. Un enfermo coleccionaba piedras.

L.C.- ¿Piedras...?

F.M.- Sí, sí, tal como lo oye: piedras. Pues bien, en casa yo tenía una preciosa, de sa Dragonera, y se la regalé. “És per a mi...?”, me preguntó. Y lloraba. Ya ve, lloraba por una piedra. Y es que una persona que lo está perdiendo todo tiene la sensibilidad a flor de piel.

L.C.- ¿Se muere en soledad?

F.M.- Supongo que sí, pero lo peor para el enfermo es no contar con un entorno afectivo. Recuerdo a uno que estaba solo, no tenía a nadie. Ni familia, ni amigos ni vecinos... ¡A nadie! Para colmo no podía hablar. Así que tuvimos que comunicarnos con la mirada. Y lo conseguimos. Mirándonos fijamente nos expresábamos toda clase de sentimientos: solidaridad, miedo, tristeza, comprensión...

L.C.- ¿Qué hace usted con sus emociones cuando abandona el hospital?

F.M.- Las dejo en la puerta.

L.C.- Pero habrá llorado más de una vez.

F.M.- Y dos y tres. Siempre de pena. Aunque alguna vez de orgullo o de satisfacción. Recuerdo a un anciano en los estertores de la muerte. Su hijo no pudo resistirlo y salió al pasillo. Le seguí y estaba destrozado. Me dijo que se habían querido muchísimo y que no podía ver cómo se iba. Yo le dije que recapacitara, pues igual su padre, en la agonía, se daba cuenta de que no le tenía cerca. Y volvió a la cabecera de la cama. Entonces...

L.C.- ¿Entonces...?

F.M.- Disculpeme, porque me emociono. Entonces el anciano abrió los ojos, sonrió al hijo y expiró. Todos los presentes nos quedamos petrificados. La voluntad, o la capacidad de amar, puede imponerse, siquiera sea por un instante, a la propia muerte.

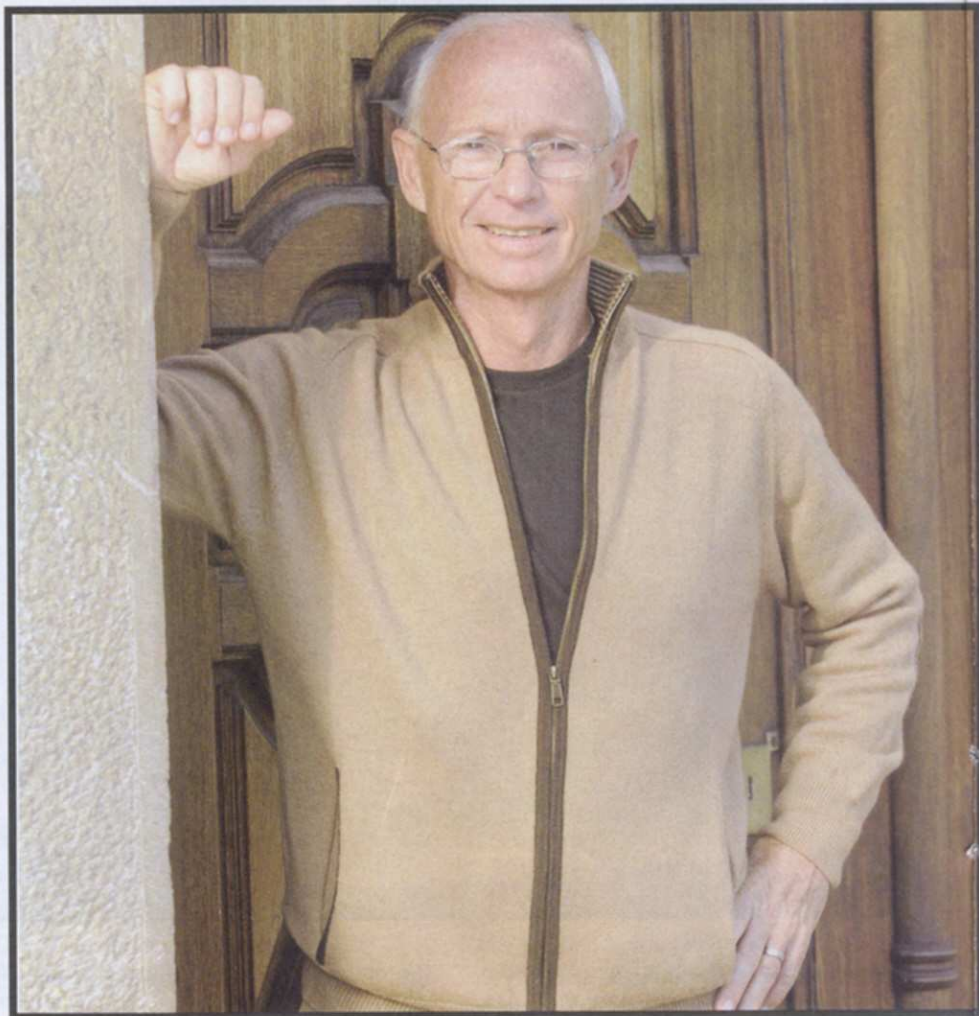
L.C.- No hay muerte gozosa, ¿verdad...?

F.M.- No. Pero sí apacible. Yo hago por los demás lo que desearía que alguien hiciera por mí. Que me cogieran de la mano, que me dispensaran una caricia...

siento libre. Tenga en cuenta que pasé media vida bajo la Dictadura. Sacralizo la libertad.

L.C.- Le entiendo perfectamente.

F.M.- Con diez años pude ir a un colegio de pago, el de Montesión, gracias a una beca. Li



L.C.- No piense en ello. Usted tiene una salud de hierro.

F.M.- Claro que sí. Soy un excursionista asiduo. Y he practicado el fútbol, el tenis... Según pasan los años, el cuerpo me dice la actividad física que puedo practicar. ¿Ahora toca excursionismo...? ¡Perfecto! En la montaña me

padre era vendedor ambulante. Y allí toqué conciencia de clase y de la losa que suponía para los pobres aquella libertad controlada. En Montesión estudiaban los hijos de la nobleza, de los ricos, de los ganadores de la guerra... Yo les servía el almuerzo, porque tenía que responder a su caridad.